

Ella le preguntó si quería comprar una corona y él respondió con sarcasmo: -Todo lo que usted me venda. Ella entendió la intención y expresó con claridad: -Aquí sólo se venden coronas, dígame cuál le gusta. El guardia escogió al azar, pagó y se fue. Doña Julia le dijo: -Usted conoce a ese hombre. Ella se quedó callada sin saber qué contestar.

Apenas se acercó al dintel de la puerta de su casa cuando hubo de volverse, ya con las llaves en la mano, porque percibió los pasos de alguien. En seguida reconoció al guardia. Ella le preguntó que hacía allí, él le respondió que necesitaba hablar con ella de parte de su hombre. La mujer le creyó y por eso lo dejó entrar detrás de ella. No le temía; siempre había pensado que cuando una mujer era admirada por un hombre, éste sería incapaz de dañarla, y en sus ojos había leído admiración. El guardia se sentó frente a ella y le comentó que posiblemente su hombre sería trasladado al penal de otro estado y por ello urgía que tuvieran el dinero que cobraba el abogado por sacarlo bajo libertad condicional. Ella maquinalmente miró hacia el asador de la estufa, gesto del cual se arrepintió al instante. El guardia abrió su oferta: Si complacía a algunos de sus amigos, éstos la pagarían muy bien. La mujer quiso mostrar un falso pudor pero le fue imposible ya que le idea no le parecía tan mala. Después de un prolongado silencio, ella le preguntó: -¿Es mi hombre quien le sugirió la idea o usted viene por cuenta propia? El guardia sonrió a decir: -Por ahí va la cosa, digamos que mitad y mitad. Ella le cuestionó osadamente: -Usted sería el primero. El esbozó una sonrisa por toda respuesta.

Esa noche la mujer y el guardia la pasaron juntos. Él se fue temprano dejando un billete debajo de la almohada; ella lo recogió al despertar. Cuando acabó de arreglarse para irse al puesto de doña Julia se dirigió a la estufa, abrió el asador y sin saber el porqué, su mano obedeció con un ligero temblor, éste se transformó en angustia cuando recibió la más fatal de las sorpresas: la vasija donde guardaba sus ahorros estaba abierta y vacía.

El guardia

Ahí está otra vez esa mujer que cada martes y jueves viene a ver a este hombre. Qué le vería ella, joven y bonita, a este infeliz borracho. No sé si se habrá dado cuenta que me gusta, pero ni modo que se lo diga aquí delante de él. Hoy vino más maquillada y perfumada; a lo mejor me está coqueteando. Sí, eso debe ser; ni modo que por este pobre preso se arregle tanto. Se ve lista y está chula, pero para mí que la vanidad pierde a las mujeres. ¡Cómo se aprieta la cintura! Hoy me ha mirado varias veces; sí, no cabe duda, quiere algo conmigo. Lo bueno es que no me conoce y entonces puedo gustarle. Si supiera que yo no me tomo el día de descanso para coincidir con sus visitas y verla a mi antojo, al fin que este hombre ni modo que pueda hacer algo en mi contra; yo represento la autoridad y él no es más que un reo. Ya le dije al "jefe" que lo deje más tiempo porque me gusta su mujer y él me va hacer la balona, total ya le he hecho otros favores.

¡Cuidado! Parece que se despide. Ya volteó a verme y me sonríe. Hasta acá oigo que le dice: -Pero si lo hago por ti. Se refiere a la pintura, ella me buscó con la mirada. Sí, debe ser una buscona y yo le sacaré provecho o dejo de llamarme como me pusieron.

El guardia le dijo adiós con una mirada penetrante y ella le sonrió enigmáticamente. Ya había pasado un buen tiempo y él seguía percibiendo su perfume. Era una fragancia grata que olía a limpio, flores y a baño, pensó que preguntarle por el nombre podría ser el inicio para entablar contacto con ella. Ya habían transcurrido varias semanas y el guardia no se atrevía a abordarla; era difícil en su turno de trabajo y, por lo demás, desconocía su nombre y el lugar donde vivía. De repente se le ocurrió que en la semana entrante él podría fingirse enfermo y pedir que lo sustituyeran para ir al médico, así cuando ella saliera la podría seguir hasta su casa. Al martes siguiente llevó a cabo su plan; la siguió con discreción no quería asustarla ahora en la posibilidad de abordarla ya no le parecía tan apropiado preguntarle por el nombre del perfume.

La mujer se dirigió a un mercado. El guardia la siguió a distancia y vio como ella entraba a un puesto de coronas, se colocaba un humilde delantal y comenzaba a sacudirlas con delicadeza para no maltratarlas. El se detuvo en un puesto de hierbas, fingió interesarse en unas piedras de cuarzo; el joven dependiente insistió en que comprara algunas de diferente color para la buena suerte; ahí se enteró que las de color blanco atraían buenas vibraciones, el cuarzo amarillo servía para que nunca falte el dinero y el rosa, para el éxito en los amores. El guardia cobró interés en las piedras, solicitó tres de color rosa, pero el vendedor logró convencerlo de que era mejor que se llevara una de cada una; pagó más resuelto se acercó al puesto de coronas.

La mujer estaba sacudiendo aún las coronas cuando él se aproximó. La trató con ironía; saber que su hombre estaba en la cárcel, le daba cierto ascendente sobre ella. La mujer se portó decorosamente; él se imaginó que fingía por la presencia de la dueña del puesto; como buen observador de inmediato supuso que la dueña no podría pagarle mucho por las ventas y que, pasado el Día de Difuntos, éstas bajarían enormemente.

Eligió una corona cualquiera, sólo quería que ella lo viera para leer en sus ojos si él podría ser candidato de su aceptación. No, no pudo encontrar eco en su mirada y se fue rumiando su fracaso. Así que no te gusto, pensó; pues de todas maneras lograré lo que busco se dijo- apretando las piedras que guardaba en el bolsillo. Entró en un café ubicado a las puertas del mercado; desde ahí se divisaba sin mucha dificultad el puesto de coronas. Esperó horas, pero al fin vio con alivio que la mujer se dirigía a la salida. Pagó su consumo y la siguió hasta su casa. Durante el trayecto dedujo que si ella vivía con un hombre, entonces podría vivir con cualquiera, esto le produjo coraje al presentirla libre para aceptar a otro y rechazarlo a él, lo cual le llevó a maquinarse un embuste que la hiciera ceder a sus pretensiones.

La abordó de golpe cuando ella abría la puerta de su casa. Le dijo que necesitaba hablarle de su hombre y la frase funcionó como pasaporte vigente y visado. Mientras hablaban ella delató con su mirada donde guardaba sus ahorros y él pensó en llevárselos, no tanto por su valor material, sino por lo que implicaba: su hombre no tendría abogado y pasaría mayor tiempo en la cárcel.

En realidad -se dijo- ese hombre tiene mala suerte, a lo mejor necesita de los cuarzos más que yo. La mujer se portó bien con él seguramente para sacar al otro de la prisión. Maldito el otro -se dijo- borracho que no mide consecuencias; en la trifulca lesionó la cabeza de un parroquiano con una botella de tequila. No, no tiene suerte. El herido aún está en el hospital y ha tenido el infortunio de toparse conmigo que sé de trafiques por debajo del agua, de la debilidad y corrupción de los jefes y que para colmo, me he prendado de su mujer.

Se fue sin decir nada; era mentira que el hombre lo hubiese enviado, también era falso lo de los otros amigos; al marcharse le dejó un billete de cien pesos para que supiera que sí tenía con que pagar su compañía, pero se llevó los billetes de a veinte que sumaban seiscientos, más de la mitad del cobro del abogado- y con ellos la esperanza de que el hombre recuperara su libertad. Se portó como lo que era, un canalla, mas se autojustificó al recordar una frase que hacía mucho tiempo había leído en un libro cuyo título escapaba a su memoria: Nadie es totalmente malo, ni nadie es totalmente bueno.

Hasta que no llegó el siguiente día de visitas hubo de meditar cual sería su postura ante la mujer; si ella le comunicaba al hombre lo sucedido, seguro que éste iba, de alguna manera, a buscar venganza. Pero también ella podría callar por vergüenza o por miedo a que su hombre, arrepentido de su supuesta sugerencia, la llamara a cuentas. Soltó un poco la tensión al reflexionar sobre que los dos eran culpables: él por mentir y ella por creer la mentira en vez de verificarla primero. Decidió que debía portarse como siempre, mostrando un falso desenfado.

Ella llegó como la última vez, sin maquillaje y sin cinto. La notó demacrada, seguro que le había dolido el robo; si se le ocurría abrir la boca podría sufrir la agresividad del hombre. Empezó a sudar frío, inútilmente trataba de conservar la serenidad. Para tranquilizarse, se dijo que el hombre en realidad no podía hacer nada, no era más que uno de tantos reos que por inercia y lentitud o ineficiencia de los encargados de los trámites -aunado a la falta de recursos económicos- permanecían más tiempo del debido en el encierro, eso sin contar con la mala voluntad de los carceleros. La voz de ella no llegaba a sus oídos como otras veces por dos razones: una, porque había otra pareja que hablaba más alto; otra, porque ella, liberadamente, había disminuido el volumen de su voz. El oído del hombre estaba pegado al alambrado que dividía en dos el mostrador que mediaba entre la visitante y el recluta. Quiso acercarse pero reprimió su deseo, si quería actuar como siempre un cambio como ese delataría su nerviosismo e impaciencia.

Repentinamente, la mujer se levantó y se encaminó hacia la salida. Él apenas tuvo tiempo de buscar su rostro para saber qué sentimientos revelaba; la sangre se le heló en sus venas, la mujer traía el rostro bañado en sangre y, al momento de mirarla, descubrió que en la mano izquierda portaba una navaja. La sujetó fuertemente de esa mano, quedando de espaldas ante la mujer, hasta que con rapidez le hizo tirar el arma; en eso se oyeron dos detonaciones que nadie supo de donde provenían, ni a quién iban dirigidas. El guardia fue soltando a la mujer y se dejó caer al suelo, tambaleándose y bañado en sangre. La mujer se limpió el rostro embadurnado de salsa de tomate y en pocos segundos ya todo era confusión y caos. La otra pareja lloraba y se abrazaba en un febril intento de sentirse vivos. Acudieron otros guardias, uno de ellos exclamó: Llamen un médico. Otro gritó: Ya no hace falta.

El preso

Mañana es día de visitas, viene mi mujer; ojalá me traiga buenas noticias. A veces creo que no está haciendo mucho por ayudarme; no la culpo; cada vez que me emborracho entro en bronca y parece que ésta ha sido la más grave; no me han dicho si el muchacho que está en el hospital ha mejorado, pero tampoco si ha empeorado. Con lo que me dijo el guardia estoy tamañito; dicen que si se muere me refunden aquí por varios años. ¡No lo quiera Dios! No puedo acordarme quién comenzó, ni por qué.

Estábamos los cuatro brindando; contando chistes como todos los días de pago. El dominó es el pretexto para ir a la cantina; en realidad casi ni lo jugamos. Nomás nos abren el apetito con la botana y luego luego nos entra la sed; y ahí vienen las copas, unas tras otras, después: -Venga, déjenos la botella. ¿No? A mí sí me gusta el trago, nomás que ella quiere que me retire y creo que la voy a complacer. Es linda, muy limpia; nunca exige nada; como quiera yo le doy lo que necesita, sólo le pido que se cuide para evitar el problema de los hijos, pero eso sí, los domingos salimos juntos como lo hacen los casados y como ya va para tres años que vivimos bajo el mismo techo, pues no sé los domingos que tiene un año, pero deben de ser muchos.

Lo único que me molesta cuando viene a verme es este maldito guardia. Siempre es el mismo y cómo la mira. Me irrita esa mirada, es sucia, le gusta lo ajeno; cuánto siento estar del lado de donde no puedo darle su merecido. Ya lo hemos hablado; ella me dice que lo deje mirar, que al fin con eso no daña la fruta; pero cuánto me cuesta hacerme el desentendido; uno es hombre y de pocas palabras. En fin, ella me quiere y me va a ayudar a salir de aquí. Ahora está yendo al puesto de doña Julia todos los días y el turno completo; quiere juntar dinero para pagar el abogado. Por qué será que cobra tanto, mil doscientos pesos es mucho dinero; si casi los billetes de a mil, sólo los he visto en el banco y por la tele.

Hoy es jueves. A lo mejor no viene mi mujer; la vez pasada la regañé porque venía muy maquillada y con el cinto muy apretado. Ella me dijo: -Así me conociste. Yo le respondí: -Entiende, chiquita, cuando vas conmigo es una cosa, cuando vas sola, es otra. Crees que no me he dado cuenta de cómo te mira ese guardia; si creo que hasta le coqueteas. Ella puso su boca torcida como cuando se enoja y yo cambié la conversación; de verdad, en esta vida, sólo ella me ha querido bien.

Para mí sólo hay dos clases de personas: las que nacen con todo y las que nacen sin nada. El padre Benito dice que Dios le da a cada quien lo que necesita, pero yo creo que sólo da a manos llenas a unos cuantos. Aquí estoy yo encerrado por un pleito de cantina y, en cambio, otros que se dedican al fraude, a la venta de drogas, al lavado de dinero e incluso, al asalto a mano armada o son asesinos a sueldo, están en su casa gozando de la impunidad que da la posesión de recursos o el contar con influencias.

Sí, sí vino mi mujer. Por poco ni la conozco: cara limpia, vestido holgado y no traía cinto. Aún así se ve linda; como es joven todo le queda. Me trajo una buena noticia: ya pronto completa lo que cobra el abogado, lleva más de la mitad. No entiendo por qué cada recluso no puede defenderse a sí mismo, siendo que es el más interesado.

Qué bueno que mi mujer me hizo caso y vino como Dios manda: sin tanto afeite ni apretamiento que sólo sirve para que cualquier hombre voltee a verla; cuando venía así me daba tanto coraje que un día, ni quise comer unas gorditas que me trajo. Entonces dudé si ella las había hecho, de dónde sacaba tiempo para tanto arreglo y cocinar. Ahora cuento otra semana más de estar encerrado, sin ver a mis cuates, con la garganta reseca, sin noticia del herido, sin un periódico; de tenerlo podría leerlo de cabo a rabo, total tengo tiempo de sobra.

Estoy algo intranquilo; cuando se fue mi mujer, el guardia salió y dejó a otro en su lugar; esto nunca había sucedido desde que estoy aquí. ¡Qué raro!, eso me huele mal. Ella es buena pero el diablo nunca duerme. Lo bueno es que sé leer en sus ojos lo que piensa y lo que se siente, si pasara algo, no podría ocultármelo.

Ya estoy frente a ella. La veo demacrada. Sus ojos han llorado y veo en ellos una furia incontenible. Me habla sin voz, la escucho leyendo sus labios. Me dice que el guardia la engañó, le dijo que iba de mi parte, entró a la casa, la violó y le robó los ahorros. Me enseñó una navaja con la cual va a matarlo; yo le digo: -No, no chiquita, déjalo así, ahí muere; yo soy el ofendido y ya ves, lo perdono, al menos mientras salgo. Pero ella insiste, saca de su monedero un sobre con salsa roja y se lo unta en la cara; no alcanzo a entender su plan pero huelo a tragedia. Le digo: -Espera, chiquita, deja que yo lo arregle después. No me escucha, está furibunda parece drogada-se levanta y va hacia el guardia; me he quedado tieso, maniatado e impotente.

Aún no digiero lo que pasó. El guardia yacía en el suelo en un charco de sangre; mi mujer estaba de pie, se había limpiado la cara y gritaba incoherencias: -Quiso matarme con una navaja... Saqué mi pistola para defenderme. No sé quién es... Ni por qué lo hizo. A lo mejor me confundió, no sé, todo fue tan rápido, tan absurdo. Esta pareja es testigo y mi hombre también. ¿Verdad? La pareja permanecía callada; yo decía repetidamente: -Así fue... Así fue...

Ahora las cosas se han invertido. El lesionado ya salió del hospital y con ello gané mi libertad; yo estoy trabajando doble turno para juntar la fianza que me piden para soltar a mi mujer. Ya pasó el día de Difuntos, descanse en guerra el maldito guardia. Por las noches, cuando la fatiga no me deja encontrar el sueño, me pongo a pensar en las agallas de mi mujer; porque hay que tenerlas para hacer lo que hizo; y entonces siento cómo va creciendo mi amor y admiración por ella, día tras día.

